



Una Democracia atrapada

Avanzan los días, semanas e incluso meses, y vamos haciendo balances de ganancias, pérdidas y retos en materia personal y social de lo que nos depararán estos días de pandemia y como retomaremos el rumbo; y debatimos entre los que creen que esto seguirá igual y quienes asumen que cambiara en algo, así sea mínimo, para mejorar o empeorar la situación, y en ese inventario tiene un lugar especial el sistema político.

Una de las imágenes que ha transitado estas semanas es ver como los decretos del Estado de Emergencia, que han producido decisiones con más rapidez que los cambios en una bolsa de valores, con un alto nivel de beneficios a particulares y restricción de libertades a ciudadanos, han dado cuenta de una democracia atrapada y a la que le va faltando el oxígeno de la justicia, y es que estamos siendo testigos, desde nuestro aislamiento, de la mayor crisis de la actualidad, en medio de la pérdida de derechos ciudadanos y un mirar impotente de instituciones que, lejos de protegernos, parecen que nos destruyen.

Desde los griegos, con la máxima de la búsqueda del bien común, ha sido claro que la democracia no es un modelo ideal de gobierno, pero sí, tanto en Grecia como en la modernidad europea, con la consigna de libertad, igualdad y fraternidad de los franceses, fue considerado el menos nocivo por sus argumentos participativos, múltiples instituciones y formato de actuar de cara al público, que resumen las tres características de la virtud cívica, que es el mayor valor que buscan los ciudadanos en la vida compartida: bienestar, respaldo normativo y espacios de convivencia pacífica.

En el diálogo de la República, Platón relata la necesidad que tienen los hombres de construir una sociedad donde producir bienes y contar con un sistema que defienda la ciudad, guiados por el alma racional de los gobernantes que se caracterizan por amar la ciudad y, por ello, pueden ordenarla en virtud del bienestar y la justicia. Por su parte, Aristóteles en “La Política” recuerda que buscar el bienestar político no es solo proponer un buen gobierno, sino la capacidad de activar procesos de bienestar en todo lo concerniente a la ciudad y sus ciudadanos, donde, ante la ausencia de la Timocracia (el gobierno de los buenos), la democracia tiene los instrumentos más efectivos para que el bien colectivo no ponga en riesgo la vida individual.

Sin embargo, también desde la antigüedad, pero con más fuerza en la actualidad, muchas personas piensan no solo que la democracia no es el modelo ideal de gobierno, sino que ya se ha desgastado y estamos ante su final, y es necesario aprovechar momentos de crisis (como esta), para refundarla, fortalecerla o crear otras formas de hacer política. Norberto Bobbio, en “El Futuro de la



Democracia”, señalaba las falsas promesas de esta que la hicieron fracasar: a) el protagonismo político individual, contra la participación activa de la ciudadanía; b) los intereses mercantilistas en ausencia de la centralidad del ciudadano en el sistema político; c) la poca representación de los intereses del pueblo, ante el crecimiento de las demandas de protección de intereses particulares; y d) su incapacidad de extenderse como práctica participativa que busca bienestar a otros ámbitos del poder, limitada por su alto nivel de tecnocracia, su sofisticada burocracia y el escaso rendimiento de sus sistemas.

La atención a la pandemia, escenario ideal para medir los efectos concretos del sistema democrático, no solo han develado la fragilidad de sus estructuras y lo olvidado que estaba el sistema de su mayor tarea que es la protección de los ciudadanos, sino lo maltrechos que están sus hitos fundacionales (libertad, igualdad y fraternidad), por la transformación que ha hecho de el capitalismo exacerbado, el neoliberalismo privatizador y la ausencia de bienestar que han permitido que emerjan, desde las profundidades de sus prácticas, cuatro acciones que validan esta crisis de “democracia atrapada”:

En primer lugar, **la ausencia de proyectos políticos contruidos con la participación activa de la ciudadanía y con incidencia en los territorios**, que le permitan consolidar políticas de procesos y no de acciones, cuyos resultados no se midan solo en ayudas coyunturales, sino, y sobre todo, en transformación de las realidades, que garanticen la fortaleza del tejido social y la capacidad necesaria para hacer frente a situaciones de crisis.

En segundo lugar, **se olvidó que el mayor valor es el bienestar ciudadano que se experimenta en el acceso a derechos de manera integral**, dando lugar más bien a la pobreza estructural que agudiza el hambre, la asimetría y la ausencia de dignidad para muchas personas, que en épocas de crisis reciben impactos discriminatorios de sus efectos. Seres humanos cada vez mas reservados a espacios insalubres con riesgos permanente de enfermar o desgastar su existencia ante la improbabilidad que puedan contar un sistema de atención efectivo, humano y garante de sus derechos.

En tercer lugar, **se profundiza la dicotomía entre el desarrollo social y el desarrollo de infraestructura**, se ha pensado erróneamente que la transformación del territorio es centralizado, material y privatizado, sin asomo de articulación con el medio ambiente, dejando en la periferia vidas, comunidades y territorios que terminan sufriendo los efectos más contundentes de su abandono, y ven como en una película un desarrollo que no les pertenece, pero que a la vez les limita el derecho a su libertad.



En cuarto lugar, **la indiferencia ciudadana, no por ausencia de cultura, sino por la falta de acceso a derechos**, la cotidianidad de las situaciones al límite a las que se enfrenta cada persona al empezar un día, en la carrera frenética por sobrevivir a toda costa y garantizar la protección de los suyos, ante la ausencia de bienestar y protección.

El trabajo es liberar la democracia y hacernos conscientes del sistema que tenemos, movilizándolo los ajustes necesarios para que se vaya pareciendo más a su propósito de ser garante del bien común. Este debe ser el debate más urgente y sin demoras que dé la sociedad, y si bien su transformación no será pronto e incluso no la verá nuestra generación, si debemos garantizar dos cosas en lo que queda de esta “maltrecha democracia”: 1. activar la máxima de ODS: que en las acciones ofrecidas “nadie quede atrás” y 2. planear no solo para responder a la coyuntura, sino, y sobre todo, para transformar la estructura social.

Wilson Castañeda Castro

Director Caribe Afirmativo